

Microfinanzas y las preguntas de segunda generación (Columna No.105)

Tomás Ricardo Rosada Villamar
13 de agosto de 2009

Cifra propuesta: “Van surgiendo nuevas preguntas en la industria del microcrédito que podríamos llamar ‘de segunda generación’, y que paulatinamente irán copando espacios de discusión académica y de política pública”.

Hace unos días una comentarista de radio dijo “hay pocos milagros reales en este mundo, y el microcrédito es supuestamente uno de ellos”. Ciertamente fue una idea muy innovadora, casi genial diría yo, que nació para que los más pobres y pequeños tuvieran acceso a crédito. La premisa básica era que con recursos financieros, trabajo, y un poco de suerte, transformarían ideas en negocios con rentabilidad suficiente para sacarlos de la pobreza.

Con el tiempo, y tras la auténtica revolución que ocasionó este concepto, comenzaron a surgir preguntas como: ¿será que realmente las personas están saliendo de la pobreza? Aunque la respuesta ha sido mixta, hay evidencia que apoya el efecto reductor de pobreza del microcrédito.

Muhammad Yunus cita la encuesta que el Grameen Bank de Bangladesh hizo en el 2006, en donde concluye que el 64% de las familias de su portafolio han logrado salir de la pobreza. En la misma línea, el Banco Mundial llevó a cabo un estudio a clientes de dicho banco, concluyendo que cada año aproximadamente 5% de sus clientes salen de la pobreza.

Pero lo interesante es que, a la par de estas preguntas añejas, van surgiendo nuevas, que podríamos llamar ‘de segunda generación’, y que paulatinamente copan espacios de discusión académica y política pública en la materia.

Por ejemplo, subsisten dudas sobre si las altas tasas de interés no se convierten más bien en una trampa de endeudamiento, reduciendo el efecto positivo del microcrédito. Al respecto, Dean Karlan, profesor e investigador de la Universidad de Yale, sostiene que la nueva agenda en la industria debe orientarse a fomentar el micro-ahorro, por cuanto ahorrar es siempre más barato y eficiente que tomar un préstamo.

Alguna evidencia de lo anterior se ha comenzado a producir en diversos países, incluyendo Guatemala con un pequeño experimento con microempresarios financiados por el Crédito Hipotecario Nacional en Guatemala, mostrando que, aún con bajos ingresos, las personas tienen capacidad de ahorro siempre que se les induzca adecuadamente a hacerlo.

Con el tiempo también hemos aprendido que los créditos muchas veces son utilizados para múltiples actividades más allá de las inversiones propias en el negocio – e.g. ahorro

para situaciones inesperadas, gastos médicos, inversiones en educación de los miembros del hogar, etc. –.

Todo esto que parece tan obvio *ex post* – ya que sabemos que el dinero es fungible – es un hecho importante porque apunta hacia otras necesidades de financiamiento que tienen los hogares más pobres, y que en los inicios del microcrédito no habían sido tomadas en consideración. De tal cuenta, desde hace algunos años ya no se habla de microcrédito sino de microfinanzas, concepto más amplio que incluye servicios como el micro-ahorro y el micro-seguro.

Por otra parte, hay otros efectos más silenciosos, de los que se discute poco, y sobre los que también se han construido mitos con relativamente poca evidencia empírica. Son los efectos redistributivos de las microfinanzas hacia dentro del hogar. Es decir, la capacidad real del microcrédito de replantar relaciones de poder en la pareja y la distribución de roles y responsabilidades.

Un estudio en Sri Lanka conducido por la Universidad de San Diego y el Banco Mundial reveló que, aún dando dinero regalado – es decir, no en préstamo sino como donación – a un grupo de microempresarios y microempresarias, fue el ingreso de los hombres el que mejoró más que el de las mujeres, lo cual refuerza la idea de que no es solamente el acceso al crédito el que impide el despegue económico de las mujeres, sino más bien la conjunción de varios otros factores socio-culturales.

Otro tema por explorar son los efectos de las microfinanzas en la productividad de las personas. De la misma manera que el acceso al crédito puede que ayude a aumentar el ingreso de los hogares en el corto plazo, el tipo de actividades económicas que se microfinancian impactan en las posibilidades de las personas más pobres de mejorar sus niveles de productividad, salario, e ingresos futuros. Mucho me temo que, en el mejor de los casos, el microcrédito tenga un efecto neutral sobre la productividad de las personas, ya que el tipo de actividades que financia son de poco valor agregado, fundamentalmente comercio.

Así pues, la agenda de investigación y política sobre microfinanzas sigue ampliándose, a medida que se llevan a cabo más estudios y se globalizan los resultados. Ello debiera motivar a Universidades y centros de investigación en el país.

Claramente no bastan unas pocas investigaciones, realizadas en un puñado de países, en un momento específico del tiempo, para formular política pública. Pero sí que son útiles para cuestionarnos de vez en cuando los supuestos básicos, nociones, y hasta mitos, alrededor de un tema que fue visto como una avenida ancha para salir de la pobreza.

trosada@gmail.com